

cia! Ola Hansson habla de la «intuición (¡!) psico-fisiológica» de Nietzsche, y dice en otro párrafo: «En Nietzsche, el moderno y sutil psicólogo, que está en el más alto grado en posesión de la intuición psico-física (¡otra vez!), este poder concedido al siglo XIX en sus postrimerías, de prestar el oído á todos los procesos secretos íntimos y de espiar lo que pasa en los rincones de la propia alma» etc. ¡Intuición psico-física! ¡Prestar el oído á sí mismo y espiarse! Parece imposible creerlo; estas gentes ni siquiera sospechan qué es la psico-física; no sospechan que es exactamente lo contrario de la vieja psicología que trabajaba con la «intuición» y la introspección, es decir «prestándose oído á sí misma» y «espiándose», sino que cuenta y mide pacientemente con aparatos en los laboratorios y «espía» y «escucha», no á sí misma, sino á las personas y á los instrumentos que sirven en sus experimentos. ¡Y esta charla de papagayos sin seso que repiten, sin comprenderlas, palabras oídas al azar, puede abrirse camino en Alemania, el país que ha creado la nueva ciencia de la psico-fisiología, la patria de Fechner, de Weber, de Wundt. ¡Y todavía ningún hombre competente ha dado de palmetazos á estos mozalbetes cuya ignorancia fabulosa no es sobrepujada más que por su atrevimiento!

Pero se ha ido todavía más lejos, y aquí verdaderamente cesa la broma. Kurt Eisner, que no es un discípulo de la «filosofía» de Nietzsche, estima, sin embargo, que nos ha «legado poderosos poemas» y llega hasta decir esta cosa inaudita: «El *Zarathustra* de Nietzsche es una obra de arte como *Fausto*»¹. La pregunta que se impone ante todo es ésta: Kurt Eisner, ¿ha leído alguna vez un solo verso del *Fausto*? Hay que responder probablemente en sentido afirmativo, porque apenas es imaginable que haya hoy en Alemania un hombre que sepa leer y escri-

¹ Kurt Eisner, *Psychopatia spiritualis. Federico Nietzsche y los apóstoles del porvenir*. Leipzig 1892.

bir, á lo que parece, que no haya tenido entre las manos por lo menos una vez el *Fausto*. En tal caso, ya no queda más que una segunda pregunta: ¿Qué podrá ser lo que Kurt Eisner haya entendido del *Fausto*? Nombrar de un tirón el chorro de palabras absolutamente vacías de sentido de Zarathustra y el *Fausto*, constituye una mancha tal de nuestro más precioso tesoro poético, que realmente, si se hubiera cometido por cualquier hombre de un poco mayor talla que Kurt Eisner, se debía organizar una fiesta expiatoria destinada á borrar el ultraje hecho á Goethe, como la Iglesia consagra de nuevo un edificio religioso que ha sido profanado por un acto escandaloso.

Pero no sólo la pandilla de Nietzsche devasta á Alemania, sino que infesta también el extranjero. Ola Hansson, á quien ya hemos caracterizado, habla con entusiasmo á sus compatriotas suecos de la «poesía de Nietzsche» y del «himno á la media-noche de Nietzsche»¹. M. Teodoro de Wysewa asegura á los franceses que no pueden comprobar por sí mismos la exactitud de tales afirmaciones, que «Nietzsche es el más gran pensador y el más brillante escritor que Alemania ha producido en la última generación», etc.².

Le estaba sin embargo, reservado á una señora el sobrepujar á todos los discípulos masculinos de Nietzsche en la negación audaz de la verdad más evidente. La nietzscheana Lou Salomé niega con una fría imperturbabilidad, capaz de tirar de la silla al espectador más firme sobre sus estribos, que Nietzsche haya estado encerrado durante largos años en un manicomio como loco incurable, y proclama con audacia inverosímil que ha dejado de escribir por desprecio aristocrático de «super-hombre» hacia el mun-

¹ Ola Hansson, *Materialismen i skönlitteraturen. Populär vetenskapliga (científicos!) Afhandlingar*, Stockolmo, sin fecha, páginas 28-50. En este folleto Hansson califica también de «genial» al autor de *Rembrandt educador*!!

² *Revue politique et littéraire*, año 1891.

do y se ha retirado voluntariamente á la soledad. Nietzsche es un hombre de ciencia y un psico-fisiólogo y Nietzsche se calla, porque le parece que no vale la pena de hablar á los hombres bestias de rebaño; tales son las consignas que la pandilla de Nietzsche va gritando por las cuatro partes del mundo. En presencia de semejante conspiración contra la verdad, la honradez y la sana razón, no basta haber demostrado la insania del sistema nietzscheano; hay que demostrar también que Nietzsche ha estado siempre loco y que sus escritos son producto de la locura furiosa, ó más exactamente de la exaltación maniaca.

Algunos nietzscheanos, que no llegan—es cierto—á la suela del zapato de Lou Salomé, no niegan que Nietzsche se volviera loco; pero dicen que esto fué á causa de que se retiró demasiado de los hombres, de que vivió demasiado tiempo en la más profunda soledad, de que pensó con una rapidez vertiginosa é inquietante que gastó su cerebro. Este absurdo inaudito ha podido dar la vuelta á la prensa alemana, y no ha habido un solo periódico que haya hecho notar que la locura jamás puede ser la consecuencia de la soledad y de la rapidez del pensamiento, sino que, por el contrario, la tendencia á la soledad y un pensar vertiginoso son los signos primordiales mejor conocidos de la locura existente, y que la charla huera é insubstancial de los nietzscheanos tiene la misma fuerza que la afirmación que pretendiera que una persona se había vuelto tísica porque había tosido mucho y escupido sangre.

Respecto á la misantropía de Nietzsche, tenemos el testimonio de sus biógrafos que citan curiosos ejemplos ¹.

¹ «Durante su permanencia de varios años en la comarca montañosa solitaria de Sils Maria... acostumbraba á echarse en una lengua verde de tierra que se introducía en el lago. Una primavera volvió y encontró en el sitio sagrado (!) un banco donde podían sentarse hombres vulgares, en aquel lugar que hasta entonces sólo

En cuanto á su pensamiento rápido, es un fenómeno que nunca falta en la locura furiosa. A fin de que el profano sepa qué es lo que debe entenderse por esta última, voy á presentarle el cuadro clínico de esta forma de locura, trazado por la mano de los más autorizados maestros.

La aceleración del curso del pensamiento en la manía, dice Griesinger, «es una consecuencia de la relación facilitada de las representaciones en que el enfermo bromea, inventa, declama, canta, vocifera, utiliza para sus representaciones todos los modos de exteriorización, pasa vertiginosamente de un objeto á otro, en que las ideas se atropellan y se empujan. Se encuentra esta misma aceleración de la ideación en ciertas formas de demencia y en la debilidad psíquica secundaria, con actividad producida por las alucinaciones. Aquí no está intacto el encadenamiento lógico, como en la locura razonada é hipocondríaca, ó bien la oleada precipitada de representaciones no obedece ya más á ninguna ley, ó sólo se suceden impetuosamente palabras y sonidos desprovistos de toda significación... Así se origina una caza desarreglada de ideas en cuyo ejercicio, todo va rodando desordenadamente revuelto. Estos últimos estados se manifiestan, por regla general, en la locura furiosa; sobre todo al comienzo de ésta, muestran los enajenados la mayor vivacidad intelectual, y se han observado casos en que el enfermo se volvía ingenioso, en cuanto se acercaba el ataque de locura furiosa» ¹.

La descripción de Krafft-Ebing es mucho más plástica todavía ²: «El contenido de la conciencia es aquí (en la

habían poblado sus más secretos pensamientos y visiones. Y la vista de esta instalación demasiado humana (!) bastó para hacerle insoportable este lugar tan querido. Jamás volvió á poner los pies en él». Ola Hansson, citado por el Dr. Türck, *op. cit.*, pág. 10.

¹ Dr. Guillermo Griesinger, *op. cit.*, pág. 77.

² Dr. R. von Krafft-Ebing, *Manual de psiquiatría sobre la base clínica, para uso de practicantes y estudiantes*, 4.^a ed., en parte refundida. Stuttgart 1890, págs. 363 y siguientes.

exaltación maníaca) placer, bienestar físico. Este está tan poco motivado por los hechos del mundo exterior como el estado opuesto de dolor físico del melancólico, y por esta razón no puede atribuirse más que á una causa orgánica interior. El enfermo goza y se revuelca literalmente en sentimientos de placer y declara después de su curación que jamás se ha sentido tan bien, tan lleno de alegría y tan feliz en el estado de salud, como durante su enfermedad. Este placer espontáneo aumenta poderosamente... al observar el enfermo la facilidad creciente de la marcha de su ideación... por la acentuación intensiva de las representaciones con los sentimientos de placer, y por cenestesis agradables, sobre todo en el terreno de la sensación muscular... De aquí que la disposición alegre del espíritu se exalte pasajeraamente hasta llegar á las emociones de placer (extravagancia, embriaguez de alegría), que encuentran su exteriorización motriz en el canto, en el baile, en los bríncos... El enfermo se vuelve más plástico en su dicción, es más vivo en la concepción y en la asociación acelerada, á la vez más oportuno y rápido en la respuesta, ingenioso, humorístico hasta la ironía. La plétora de su conciencia le proporciona una materia oratoria inagotable, y la enorme aceleración de su ideación, en la cual surgen incisivos intermediarios enteros con la rapidez del pensamiento, sin ser exteriorizados por el lenguaje, hace aparecer abrupta é incoherente la marcha de sus ideas... El enfermo continúa ejerciendo la crítica respecto de su propio estado y conoce el estado anormal de su conciencia, haciendo valer entre otras razones que está loco y que todo le está permitido á un loco... No encuentra el enajenado bastantes palabras para pintar su bienestar maníaco, su *extraordinaria* salud».

Y ahora pondremos de relieve en los escritos de Nietzsche todos los rasgos de este cuadro clínico. (Repito aquí mi nota precedente, á saber: que forzosamente he de limitarme en mis citas, pero que literalmente pueden en-

contrarse en cada página de Nietzsche ejemplos de la misma naturaleza).

Sus sensaciones físicas ó cenestesis le inspiran de un modo permanente las representaciones de la risa, del baile, del vuelo, de la ligereza, en general del movimiento muy alegre y muy fácil, del rodar, deslizarse, lanzarse: «Guardémonos de hacer ante la palabra *tortura*, en seguida muecas sombrías... queda siempre alguna cosa para reirse». «Estamos preparados... al carnaval del gran estilo, á la risa y á la extravagancia más espirituales del martes-gordo, á la altura trascendental del extremo absurdo y á la burla universal aristófanesca... Quizá si hoy nada tiene porvenir, nuestra risa precisamente tiene aún porvenir». «Yo, hasta me permitiría una clasificación de los filósofos, según el rango de su risa—ascendiendo hasta los que son capaces de la risa dorada (!).. Los dioses son burlones; parece que ni aun en los actos sagrados pueden abstenerse de reir». «¡Ah! ¡qué sois ahora, pensamientos míos, escritos y pintados! No hace mucho tiempo erais todavía tan abigarrados, tan jóvenes y tan malvados... que me haciais estornudar y reir». «Ahora el mundo ríe: la espantosa cortina se ha desgarrado». «No se mata con la cólera, sino con la risa. ¡Ea! dejadnos matar el espíritu de pesadez». «Verdaderamente hay gentes castas por esencia; son más suaves de corazón y rién de mejor gana y con mayor abundancia que vosotros. Se rién también de la castidad, y preguntan: ¿qué es la castidad?» «Si se hubiera quedado él en el desierto (*él* es Jesucristo), quizás hubiera aprendido á vivir y á amar á la tierra—y además á reir». «Era demasiado fuerte la tensión de mi nube: entre las risas de los relámpagos quiero arrojar chaparrones de granizo á la profundidad» «Mi escudo tembló suavemente y me ríe hoy: es la risa y el temblor santos de la belleza».

Como se ve, la representación de la risa no está ligada de una manera lógica á la idea propiamente dicha en

ninguno de estos casos, sino que más bien acompaña al pensamiento como un estado fundamental, como una obsesión presente en permanencia que tiene su explicación en la excitación loco-furiosa de los centros de ideación. Igual se manifiesta en las representaciones del baile, del vuelo, etc. «Yo creería únicamente en un dios que supiera bailar». «Verdaderamente, Zarathustra no es ni un ciclón ni una ráfaga; y si es un bailarín no es sin embargo un bailarín de tarantela»... «Y un a vez yo quise danzar como nunca había danzado: quise danzar por encima de todos los cielos... Y yo no sé hablar metafóricamente de las cosas más altas, más que danzando». «Yo encontré todavía á todas las cosas esta seguridad divina, de que aún prefieren danzar sobre los pies del azar. ¡Oh cielo por encima de mí! ¡Oh Puro! ¡Oh Sublime! Tu pureza para mí consiste en que seas una sala de baile para los azares divinos». «Interrogad á mi pie... Verdaderamente, después del ritmo y tic-tac, no puede ni bailar ni estarse quieto»... «Y sobre todo, aprendí á tenerme de pie y á andar y á correr y á brincar y á trepar y á danzar». «El lenguaje es una hermosa bagatela; gracias á él el hombre baila sobre todas las cosas». «¡Oh alma mía: yo te enseñaré á decir «hoy» lo mismo que «antes» y «otras veces» y te enseñaré á entregarte á tu danza en todos los «aquí» y «allí» y «allá». «Tú arrojaste una mirada á mi pie, furiosamente ávido de danza». «Si mi virtud es la virtud de un bailarín, y si yo he saltado á menudo á pies juntillas en una alegría de esmeralda dorada, etc.».

(«Un estado de su alma, sentido con espanto»): «Un movimiento continuo entre alto y profundo, y el sentimiento de alto y profundo, un constante como—subir—por—escaleras y al mismo tiempo un como—descansar—sobre—las—nubes». «Una cosa: ¿queda incomprendida verdaderamente sólo porque... no ha sido tocada, mirada, fulgurada más que al vuelo?» «Toda mi voluntad quiere

volar sola, volar en ti». «Dispuesto al vuelo, impaciente por volar, por escaparme volando—esa es mi naturaleza» «Mi sabio deseo gritó y rió también fuera de mí... mi gran deseo, de alas rumorosas, á menudo me arrastró fuera de mí y en medio de la risa: entonces volé, estremeciéndome, allí donde los dioses danzando se avergüenzan de sus vestiduras». «Si yo alguna vez desplegara por encima de mí cielos silenciosos y volara con mis propias alas á mis propios cielos... Si mi maldad es una maldad risueña... y si mi alfa y mi omega son que todo lo que es pesado se vuelva ligero, todo espíritu, pájaro; y verdaderamente, esa es mi Alfa y mi Omega, etc.»

En los ejemplos citados hasta aquí predominan las representaciones ilusorias de la esfera motriz. En los siguientes se manifiestan estados de excitación de los centros sensoriales. Nietzsche tiene toda clase de alucinaciones de los nervios cutáneos (frío, calor, sensaciones de soplo), de la vista (resplandores, relámpagos, claridades), del oído (ruidos, rugidos) y del olfato, que mezcla con su fuga de ideas. «Yo estoy caldeado y abrasado por mis propias ideas». «¡Ah! El hielo me rodea; el hielo quema mi mano». «Como empollando, el sol de mi amor pesaba sobre mí; y en su propio jugo cocía Zarathustra». «Tened cuidado de que yo tenga ahí miel á mano, buena miel, fresca como hielo, sacada de rayos de oro». «Sumergiré mi cabeza en las aguas más frías, cabeza y corazón». «Héme ahora aquí sentado... lascivamente deseoso de una boca redonda de doncella, pero todavía más de los tajantes dientes incisivos virginales, fríos como el hielo, blancos como la nieve», «Pues, para mí, hay profundos problemas como un baño frío, pronto dentro, pronto fuera...» «¡Oh! el gran frío le hace á uno vivo». «Con la tempestad que se llama espíritu, soplé sobre tu mar encrespado; soplé todas las nubes de ella» «Una gruta de hielo; he ahí lo que sería para sus cuerpos y para sus espíritus nuestra felicidad. Y como vientos fuertes queremos vivir por enci-

ma de ellos... Y parecido á una ráfaga, yo quiero aún so-
plar un día entre ellos».

«Yo soy luz... pero esta es mi soledad, estar rodeado de
luz... Yo vivo en mi propia luz; yo vuelvo á beber en mi
las llamas que de mí salen».

«Mudo por encima del mar mugiente, tú te has levan-
tado hoy para mí». «Ellos no adivinan nada del mugido de
mi fecilidad». «Canta y desencadénate mugiendo, ¡oh,
Zarathustra!» «Tú brotas para mí casi demasiado violen-
tamente, manantial de alegría... mi corazón se lanza de-
masiado violentamente aún á tu encuentro». «Ahora mi
deseo se lanza de mí como un manantial».

«A menudo se une á su sabiduría un olor, como si sa-
liera de un pantano». «¡Ah! ¡decir que yo he vivido tan
largo tiempo bajo su ruido y bajo su mal aliento! ¡Oh, re-
poso celeste que me rodea! ¡Oh, olores puros en torno á
mí!» «Fué una ilusión de mi compasión el que yo viera y
oliera en cada uno de ellos lo que para ellos era bastante
espíritu... Con olfato feliz respiré de nuevo la libertad
de la montañas. Mi nariz se ha librado por fin del olor
de todo ser humano». «¡Mal aire! ¡Mal aire!... ¡Por qué he
de tener que oler las entrañas de un alma mal hecha!»
«¡Me parece que hiede la mentira en este taller donde se
fabrican los ideales!» «Evitábamos el encuentro de la ra-
lea... el hedor de los tenderos,... el aliento inficionado»
«Esta ralea que apesta al cielo». «¡Oh, olores puros en
torno mío!... Estos hombres superiores reunidos—¿quizá
no huelen bien?, etc.»

El pensamiento de Nietzsche recibe su colorido espe-
cial, como lo demuestran estos ejemplos, de sus ilusiones
sensoriales y de la excitación de los centros que forman
las representaciones del movimiento, las cuales á con-
secuencia de un desarreglo del mecanismo de las relacio-
nes no se transforman en impulsos de movimiento, sino
que quedan como meras imágenes-representaciones sin
influencia sobre los músculos.

En la forma, el pensamiento de Nietzsche permite
notar dos particularidades características de la locura fu-
riosa: el dominio soberano de la asociación de ideas que
no están vigiladas y refrenadas por ninguna atención,
ninguna lógica, ningún juicio, y la rapidez vertiginosa de
la marcha de la ideación.

Así que en su espíritu surge una representación cual-
quiera, despierta inmediatamente en la conciencia todas
las imágenes parecidas, y así es como Nietzsche arroja
sobre el papel, con mano fébril, cinco, seis y á menudo
ocho sinónimos, sin notar lo ampulosa y sobrecargada
que resulta su manera de escribir con esto. «La fuerza
del espíritu se mide... por el grado hasta el cual ha teni-
do necesidad de la verdad empequeñecida, velada, sua-
vizada, mellada, falseada». «Creemos que la dureza, vio-
lencia, esclavitud, peligro en la calle y en el corazón, di-
simulación, estoicismo, arte tentador y diabolismo de toda
clase, que todas las cosas malas, espantosas, tiránicas, que
recuerdan á la bestia feroz y á la serpiente en el hombre,
sirven tan bien á la elevación de la especie «hombre»
como su contrario». «Sabe... en qué cosas deplorables se
ha destrozado, roto, hundido, hecho miserable habitual-
mente una evolución del más alto rango». «En el hombre
hay materia, fragmento, exceso, arcilla, barro, absurdo,
caos; pero en el hombre hay también creador, formador,
dureza de martillo, divinidad de espectador y séptimo
día... Lo que por éste ha de ser formado, roto, forja-
do, desgarrado, quemado, abarcado, depurado». «Esto
resonaría más lindamente, si de nosotros se nos conta-
ra, relatara, ensalzara una honradez excésiva». «Escupe á
la ciudad en que hierva tanta cosa desflorada, manchada,
lúbrica, sombría, ultra-carcomida, ulcerosa, conspirado-
ra». «Presentimos que esto va siempre á merced de las
olas, hacia lo menor, lo más débil, lo más astuto, lo más
cómodo, lo más mediano, lo más indiferente, lo más chino,
lo más cristiano». «Todos estos pálidos ateos, anticristia-

nos, immoralistas, nihilistas, escépticos, efécticos, hécticos del espíritu, etc.»

Estos ejemplos habrán permitido ya observar al lector atento, que el concurso tumultuoso de las palabras se opera frecuentemente en virtud de la sola semejanza de los sonidos. No es raro que en Nietzsche, el embarullamiento de palabras degeneren en los más necios retruécanos, en asociación automática de las palabras, según su sonido, sin considerar su significación. «Si esta vuelta (*Wende*) de toda miseria (*Noth*) se llama también necesidad (*Nothwendigkeit*)». «Así os alabáis (*brüestet*), —¡ah! hasta sin pechos (*Brüste*)». «Hay mucho de baja adulación creyente (*Speichel-Leckerei*), de panadería de adulaciones (*Schmeichel-Bäckerei*), ante el Dios de los ejércitos». «Escupe á la gran ciudad que es la gran cloaca (*Abraum*), donde se reúne toda espuma (wo aller *Abschaum* zusammen *schäumt*)». «Aquí no hay nada que mejorar (*bessern*), ni nada que empeorar (*bösern*)». «¿Qué quieren estos ojos que miran á lo lejos (*weitsichtige*), que desean lejos (*weitsüchtige*)?». «Siempre ante estas columnas (*Zügen*), han corrido cabras (*Ziegen*) y gansos». «¡Oh! voluntad que separas toda angustia (*wende* aller *Noth*), ¡oh, tú, mi necesidad (*Nothwendigkeit*)!». «Así miro yo por encima de la agitación de las pequeñas olas (*Wellen*) grises y de voluntades (*Willen*)». «Esta busca (*Suchen*) de mi hogar (*Heim*) fué mi tribulación (*Heimsuchung*)». «El mundo ¿no llegó á ser perfecto? ¿redondo y maduro (*rund und reif*)? ¡Oh, el áureo anillo redondo (*runden Reifs*)!». «¿El abismo se entreabre también (*klafft*) aquí? El perro del infierno ¿también ladra (*hläfft*) aquí?». «Se embrutece (*verdummt*), se animaliza (*verthiert*) y se transforma en toro (*verstiert*)». «La vida es por lo menos (*mindestens*), considerada en su aspecto más suave (*mildestens*), una explotación». «Que yo me imaginaba yo mismo transformado y emparentado (*verwandt-verwandelt*), etc.»

A veces desconoce Nietzsche, en su pensar locamente

precipitado, las imágenes de palabras que brotan elaboradas en su centro del lenguaje; su conciencia oye en cierto modo mal, se equivoca en su interpretación é inventa neologismos extraños que recuerdan algo expresiones conocidas, pero que no tienen ninguna relación de sentido con ellas. Nietzsche habla, verbigracia, de *Hinterweltlern* (habitantes de los ultra-mundos), palabra formada según *Hinterwäldlern* (habitantes de las selvas vírgenes de América ó squatters), de *Kesselbauche* (al pensar en *Kesselpauke*, címbalo), etc., ó repite, aun siguiendo á sus centros del lenguaje, sonoridades absolutamente incomprendibles y que no significan nada: «Entonces me dirigí á la puerta: ¡Alpa! grité, ¿quién lleva su ceniza á la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿quien lleva su ceniza á la montaña?»

Con frecuencia asocia sus ideas, no según el sonido de la palabra, sino según la semejanza ó la vecindad habitual de los conceptos, y entonces nace el pensar «análogo» y la fuga de ideas, en la cual, según la expresión de Griesinger «pasa sin transición de un objeto á otro». Hablando del ideal ascético, por ejemplo, explica Nietzsche que los espíritus fuertes y nobles se refugian en el desierto, y añade sin hilación: «En el desierto, por otra parte, tampoco faltan camellos». La representación del desierto ha arrastrado irresistiblemente tras sí la representación de camellos, las cuales van habitualmente asociadas. En otro pasaje dice: «Se desconoce á fondo al animal de presa y al hombre de presa, César Borgia, por ejemplo; se desconoce la naturaleza, durante tan largo tiempo como se continúa buscando un estado enfermizo en el fondo de estos monstruos y de estos vegetales tropicales perfectamente sanos. ¿No parece que hay en los moralistas un odio contra la selva virgen y contra los trópicos? Y ¿qué hay que desacreditar á toda costa al hombre tropical? ¿Para qué, pues? ¿A favor de la zona templada? ¿A favor de los hombres morigerados? ¿A favor de los hombres mediocres?» Aquí la mención de César Borgia

impone á Nietzsche la comparación con un animal de presa; ésta le hace pensar en los trópicos, en la zona tórrida; de la zona tórrida pasa á la templada, de ésta al hombre «templado» (morigerado), y, por la semejanza del sonido, salta al hombre «mediocre» (en alemán, *ge. næssigt* y *mittelmæssig*).

«En verdad, ya no queda nada en el mundo más que un verde crepúsculo y verdes resplandores. Haced lo que queráis, ebrios de alegría que sois... sacudid vuestras esmeraldas en la más profunda profundidad». Las «esmeraldas» absolutamente incomprensibles aquí, han venido á la conciencia por la representación del «verde crepúsculo» y de los «verdes» resplandores.

En estos casos y en otros cien se puede seguir en cierta medida la marcha de las ideas, porque casi todos los eslabones de la cadena de la asociación de ideas se han conservado. Pero á menudo algunos de estos eslabones están suprimidos, y entonces surgen saltos de ideas incomprensibles, y de aquí que desconcierten al lector. «El cuerpo fué el que desesperó de la tierra y oyó al vientre del ser hablarle». «Más honrada y más puramente habla el cuerpo sano, perfecto y rectangular». «Yo soy cortés hacia ellos como hacia toco pequeño escándalo; ponerse erizado contra las cosas menudas, me parece una sabiduría para uso de erizos». «El amarillo profundo y el rojo ardiente: eso es lo que quiere mi gusto. Este mezcla la sangre á todos los colores. Pero aquel que pinta su casa de blanco revela un alma enyesada de blanco». «Colocamos nuestra silla en medio—eso fué lo que me dijo su sonrisa de satisfacción—y á igual distancia de los gladiadores moribundos y de las lechonas satisfechas. Pero eso es medianía». «Nuestra Europa de hoy es escéptica... ya con ese escepticismo móvil que salta impaciente y ávidamente de una rama á otra, ya sombrío como una nube cargada de puntos de interrogación». «Supuesto que (el valiente pensador) haya endurecido y

adiestrado su vista bastante tiempo hacia sí mismo». (Aquí la asociación «oído» y «aguzar el oído», asociada á «vista» ha contribuído visiblemente á turbarle.) «Es ya para mí demasiado guardarme mis opiniones, y muchos pájaros se escapan volando. Y algunas veces encuentro también en mi palomar un animal que me es extraño y tiembla cuando poso la mano sobre él». «¿Qué importa mi justicia? No veo que yo haya de ser brasas y carbón». «Han aprendido también del mar su vanidad: el mar ¿no es el pavo real de los pavos reales?» «¡Cuántas cosas se llaman ahora ya la peor maldad que, sin embargo, no tienen más que doce pies de ancho y tres meses de largo! Pero un día los mayores dragones vendrán al mundo». «Y ahora, si te faltan todas las escaleras, has de aprender á subir sobre tu propia cabeza: de otro modo ¿cómo querías subir?» «Aquí estoy sentado respirando ansiosamente el mejor aire, aire paradisiaco, en verdad, aire luminoso, ligero, aire rayado de oro, aire tan bueno como nunca ha caído de la luna». «¡Hola! ¡Aquí, dignidad! ¡dignidad de la virtud! ¡dignidad de los Europeos! ¡Sopla, sopla de nuevo, soplillo de la virtud! ¡Hola! ¡A rugir todavía otra vez, á rugir moralmente! ¡Rugir como un león moral ante las hijas del desierto! Porque el aullar de la virtud, encantadoras muchachas, es más que todo, fervor de los Europeos, hambre canina de los Europeos! ¡Y heme aquí ya como Europeo, yo no puedo hacer de otro modo, Dios me ampare! ¡Amén! El desierto se va haciendo más grande, ¡ay de aquel que esconde desiertos!»

Este último pasaje es un ejemplo de completa fuga de ideas. A menudo Nietzsche pierde la hilación, no sabe ya adonde va á parar, y termina la frase que tomaba el giro de una demostración, con una broma sin relación con el objeto: «¿Porque no habría de ser una ficción el mundo que nos interesa un poco? Y al que objeta: Pero para una ficción hace falta un autor—¿no podría respondersele rotundamente: ¿por qué? ¿Es que éste «hace falta» no forma